

Históricas Digital

Rebeca Leticia Rodríguez Zárate
María Elena Vega Villalobos

“Descifrando el pasado”

p. 51-68

Debates en torno a la escritura jeroglífica náhuatl

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

96 p.

Mapas, figuras

(Colección Históricas Comunicación Pública 4, Serie Debates y Herramientas)

ISBN 978-607-30-7231-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/805/debates-escritura.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

III

DESCIFRANDO EL PASADO

Como hemos visto, durante el siglo XVIII los eruditos e intelectuales interesados en la comprensión de civilizaciones antiguas comenzaron a rechazar, en gran medida, los postulados académicos y religiosos de las centurias precedentes. Entre otras cosas, la Ilustración fomentó el interés por el desarrollo cultural basado en enfoques evolucionistas y materialistas, algo que se reflejó, de manera particular, en la forma en que se empezó a mirar y a explicar el pasado. Las críticas y los cuestionamientos surgidos en dicho contexto ilustrado —como los esgrimidos por Antonio Alzate— motivaron una serie de interrogantes que no se habían planteado con anterioridad, dando pie, entre otras cosas, al estudio formal de los numerosos registros escritos que se conservaban de la antigüedad.

En todo el orbe, la fascinación por el estudio de civilizaciones antiguas se incrementó a partir del descubrimiento de ciudades, restos arqueológicos de diversos tipos —desde tumbas suntuosas hasta calzadas de piedra—, así como por el continuo hallazgo de manuscritos y numerosas inscripciones procedentes de Asia, África, América y Europa. Tales descubrimientos, la gran mayoría de ellos fortuitos, alentaron como nunca antes el estudio del pasado. En Europa, el espectacular descubrimiento en 1790 de los yacimientos romanos de Herculano y Pompeya —sepultados por la explosión del volcán Vesubio en el año 79 d. C.— marcó un hito en la historia de la arqueología y en el estudio del mundo grecolatino en general. Asimismo, en América, las descripciones de grandes ruinas perdidas en el interior de los bosques tropicales —como las de la antigua ciudad de Copán, en Honduras, descrita en el siglo XVII por las autoridades españolas—, así como las noticias relacionadas con los enigmáticos Constructores de Túmulos o de las Tumbas

de Piedra de Tennessee, en Estados Unidos, provocaron que la mirada de los eruditos europeos se dirigiera a América desde otra perspectiva intelectual y académica.

Los descubrimientos se multiplicaron, así como los viajeros que se dieron a la tarea de buscar y encontrar “maravillas” olvidadas por la modernidad. Sus crónicas de viaje se convirtieron en auténticos *best seller* de su época no sólo por sus interesantes anécdotas de viaje sino también por las ilustraciones que las acompañaban. Muchas de ellas permitieron conocer y documentar inscripciones y textos antiguos, dando como resultado un estudio mucho más serio de las numerosas escrituras empleadas en la antigüedad. Cornelis de Bruin, por ejemplo, publicó una obra con 60 láminas de las ruinas de la antigua ciudad de Persépolis y cinco con inscripciones cuneiformes, las cuales formaban largos textos, poniendo a disposición de los estudiosos nuevas inscripciones persas. Asimismo, entre 1760 y 1767, Karsten Niebuhr viajó por Oriente y publicó su obra titulada *Descripción de viaje de Arabia y de los países limítrofes*, la cual mostró que las inscripciones cuneiformes conocidas hasta ese momento procedían de la zona cercana a Shiraz, es decir, eran persas y no asirio-babilónicas, las cuales se conocerían tiempo después.

Así, el descubrimiento y la documentación de monumentos, obras de arte y ciudades enterradas y olvidadas incrementó el interés por los registros escritos producidos en la antigüedad. El hallazgo de signos escriturarios desconocidos plasmados en efigies, columnas, cascos, vasijas y demás artefactos —que comenzaron a circular más ampliamente en las cortes europeas a través de dibujos y pinturas—, fascinó a los eruditos, quienes se enfrascaron en el estudio formal de dichos signos. Su intención era descifrar las escrituras a las que pertenecían, algunas de ellas conocidas desde la época grecorromana y otras tantas descubiertas más tardíamente, entre los siglos XVI y XVIII.

El afán por decodificar las diversas escrituras extintas de las que se comenzó a tener noticia —no sólo de las empleadas en el continente europeo, como la fenicia, sino también las de otras regiones donde se utilizaron las escrituras palmireña o egipcia jeroglífica, por ejemplo— impulsó la creación de numerosos foros académicos donde se discutían sus principales

características. La Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres en París, fundada en la segunda mitad del siglo XVII por Jean-Baptiste Colbert durante el reinado de Luis XIV, experimentó en el XVIII una actividad intelectual sin comparación en toda su historia. Como su nombre lo indica, la institución estaba dedicada al estudio no sólo de inscripciones y manuscritos antiguos. También se enfocaba en el análisis de monumentos, monedas, cascos y demás vestigios materiales donde se hubieran registrado textos. Los miembros de la academia, desde aristócratas hasta religiosos y numismáticos, se ocupaban del estudio de una o más escrituras antiguas con la intención de descifrarlas.

Ahora bien, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de desciframiento o decodificación de un sistema escriturario? La palabra “desciframiento” designa la labor intelectual que implica la recuperación de la clave de lectura de un sistema escriturario, principalmente extinto. Cuando los investigadores hablan de “escrituras extintas” hacen referencia a aquellos sistemas que dejaron de emplearse hace muchísimo tiempo y cuya clave de lectura se ha perdido. Aunque hoy día damos por sentada la lectura de numerosas escrituras antiguas —como la palmireña, la egipcia, la lineal B, la luvita jeroglífica o la maya—, estos sistemas, al dejar de usarse, permanecieron en silencio y en la oscuridad durante siglos, hasta el momento en que fueron leídos de nuevo en tiempos modernos. Por supuesto, la labor de desciframiento de los comandos que codifican las unidades de estos sistemas tuvo que ser defendida y sometida al escrutinio académico, la crítica y la refutación o aceptación. Como veremos en párrafos más adelante, las publicaciones iniciales donde se expusieron las labores emprendidas por los descifradores —aparecidas en revistas académicas de circulación muy limitada— estuvieron dirigidas a una pequeñísima comunidad de eruditos contemporáneos que poseían los conocimientos necesarios para evaluarlas. Uno de los recintos académicos más importantes de estos intelectuales era la Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres de París. Fue ahí, en 1754, donde, por primera vez en la historia moderna, se descifró con éxito un sistema de escritura extinto.

La historia de este desciframiento exitoso comienza un año antes, en 1753, cuando el viajero y erudito inglés, Robert Wood, publicó la obra titulada *Las ruinas de Palmira*, como resultado de la exploración que realizó al desierto de Siria entre 1750 y 1751, la cual había emprendido con el propósito de encontrar los sitios mencionados por Homero. Wood viajó en compañía de sus alumnos James Dawkins y John Bouverie, y del dibujante italiano Giovanni Battista Borra. Lo interesante de su trabajo es que su obra no se limitó a la descripción de las ruinas de la antigua Palmira. También presentó dibujos del yacimiento, así como muy buenos dibujos y bosquejos de varias inscripciones palmireñas.

Palmira era una ciudad conocida entre los intelectuales europeos, dado que algunos historiadores clásicos habían registrado su historia. Además, sus ruinas habían sido visitadas por numerosos viajeros entre los siglos XVI y XVIII. La escritura empleada en Palmira también era conocida, pues numerosos monumentos e inscripciones se conservaban en colecciones privadas en Roma e Inglaterra. La gran mayoría de estos monumentos presentaban inscripciones palmireñas seguidas de su traducción en griego. Dado que el idioma y la escritura de los antiguos griegos era de dominio común entre los estudiosos del mundo grecolatino, la existencia de traducciones griegas de la escritura palmireña alentó a diversos eruditos, quienes emprendieron la tarea de descifrar la escritura de Palmira.

Joseph Scaliger, Samuel Petit, Thomas Hyde, Jacques Rhenferdius, entre otros, todos conocedores de idiomas orientales, trabajaron con los escasos y poco fiables dibujos de las inscripciones palmireñas que estaban disponibles. Pero debido a su mala calidad, el trabajo de desciframiento se dificultó en gran medida. No obstante, algunos estudiosos propusieron —erróneamente— que los caracteres palmireños eran árabes, mientras que otros creyeron que los signos eran fenicios. Los desaciertos se incrementaron, provocando disputas y serios desencuentros entre los eruditos. Fue después de esto que los directivos de la Academia decidieron desengañar a todos los que deseaban imponer presuntos alfabetos palmireños y declaró que, para ahorrar penas similares, no se hablaría más del tema hasta que se descubrieran nuevas inscripciones.

A pesar de que a finales del siglo XVII y principios del XVIII el corpus de inscripciones palmireñas creció rápidamente, los dibujos seguían siendo muy inexactos. Por tal motivo, la calidad de las ilustraciones presentadas en la obra de Wood —muy superior a todas las anteriores— renovó el estudio de la escritura de Palmira. Así, poco después de su publicación, *Las ruinas de Palmira* fue consultada por un abad francés interesado en la escritura palmireña llamado Jean-Jacques Barthélemy.

Él fue, ante todo, un numismático, y sus conocimientos le permitieron ingresar, en 1747, a la Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres de París. Su interés se centraba no sólo en monedas y medallas antiguas, sino que fue un apasionado de la antigüedad en general. Como vemos en los documentos que conforman sus *Œuvres complètes*, a lo largo de su vida el abad publicó numerosos estudios sobre las escrituras griega, palmireña y fenicia, principalmente. Su erudición en torno a la escritura griega antigua le permitió adentrarse en el análisis de las inscripciones palmireñas, las cuales, por lo regular, eran biescritos: presentaban el mismo texto en palmireño y en griego.

En una conferencia dictada en la Académie Royale el 12 de febrero de 1754, Barthélemy presentó su desciframiento de la escritura palmireña. A través de un texto claro y conciso publicado bajo el título *Reflexions sur L'Alphabet et sur la Langue dont on se sevoit autrefois à Palmyre*, mostró que la escritura empleada en Palmira era alfabética, algo que ya se sospechaba tiempo atrás debido al reducido número de caracteres escriturarios. Barthélemy presentó un alfabeto de 22 letras. Debido a la similitud que los signos exhiben con las letras de los alfabetos árabe y sirio, el abad pudo identificar el sonido que cada signo palmireño representaba.

El desciframiento exitoso del alfabeto palmireño, como señaló Barthélemy, fue posible gracias a dos elementos: 1) a la existencia de biescritos y 2) a la presencia y correcta identificación de nombres propios registrados en las inscripciones. Estos dos componentes son requisitos necesarios para culminar con éxito un desciframiento:

1. Para descubrir el alfabeto de una nación cuyo idioma es desconocido, no es siempre una buena regla recurrir al alfabeto de una nación vecina; y es muy malo revolver los alfabetos de varios pueblos diferentes. Esta forma de proceder solamente produce resultados lamentables. Si es posible encontrar monumentos de una lengua desconocida debemos buscar otro que lo contenga en caracteres conocidos, colocando cada una de estas palabras conocidas bajo cada palabra desconocida que le sería correspondiente, y la consiguiente de una y otra el mismo orden y el mismo valor: en una palabra, si las inscripciones trazadas en una lengua desconocida, combinadas con las inscripciones en un idioma conocido proporcionaban así un alfabeto, o al menos una lectura constante, creo que en este caso se debería adoptar este alfabeto. Esta es una ventaja que nos proporcionan las inscripciones recientemente introducidas de Palmira. Ya he dicho que ocho de estas inscripciones iban acompañadas de inscripciones griegas; he dicho que unas parecían ser la traducción de las otras, y entre varias pruebas que puedo brindar, me apegaré a esta: las inscripciones griegas fueron terminadas en épocas diferentes, las palmireñas correspondientes se relacionan con ellas por letras numeradas que se observan en el mismo orden que las letras griegas.

2. Cuando una palabra, un nombre, por ejemplo, se encuentra registrado dos o tres veces en una misma inscripción, debe ser con la misma letra, y si se encuentra en varias inscripciones, uno debe encontrar diferencias procedentes de la diferencia de manos.

[...] Allí donde he visto en las inscripciones griegas nombres propios, los he encontrado en las palmireñas expresados con los caracteres de mi alfabeto.

Ambos elementos constituyen principios básicos de cualquier proceso de desciframiento, los cuales han mostrado ser correctos, pues algunos años después de la comprensión de la escritura palmireña se decodificaron otros sistemas escriturarios extintos.

En 1787, el filólogo Silvestre de Sacy descifró la escritura persa sasánida. Con la publicación de Karsten Niebuhr, *Descripción de viaje de Arabia y de los países limítrofes*, donde aparecían algunas inscripciones que habían sido talladas en el pecho de un caballo en un relieve de Naqsh-i-Rustam, cerca de la ciudad de Persépolis, Sacy identificó tres tipos de escritura diferentes: una era griega antigua y las otras dos desconocidas hasta entonces. Sacy pudo traducir sin problemas el texto griego, el cual mencionaba a Ardashir, fundador de la dinastía sasánida y personaje muy conocido de la historia persa gracias a los textos clásicos. A través de un minucioso trabajo comparativo, demostró que el nombre griego Artaxaros era la versión griega de Ardashir. Posteriormente se enfocó en los títulos “rey de reyes” —que aún continuaba utilizándose en Persia— y “dios”, título recurrente empleado por los reyes arsácidas y sasánidas. Pronto, la palabra *masdasnos* que aparecía en el texto griego y que no era un vocablo en dicho idioma, fue identificada por Sacy como un término persa, debido a que aparecía con mucha frecuencia en la literatura Parsi. Esto confirmó que el idioma de una de las dos inscripciones desconocidas de Naqsh-i-Rustam era persa y, por ende, que la escritura era persa sasánida. Analizando otros nombres propios presentes en el texto griego, Sacy descifró los signos p, r, š, m, entre otros, así como el título *malcan malca*, ‘rey de reyes’. Como ha señalado Pope, el método empleado por Sacy fue fundamental en el desciframiento del persa cuneiforme, pues demostró que el conocimiento de las genealogías y los títulos regios era esencial en el estudio de los textos persepolitanos.

Algunas décadas más tarde, en 1822, uno de los alumnos de Silvestre de Sacy, Jean-François Champollion, descifró la escritura jeroglífica egipcia, para muchos, la hazaña intelectual más destacada del siglo XIX relacionada con la historia del mundo antiguo. Como puede suponerse, la decodificación del sistema egipcio no fue fácil, pues implicó el estudio de gran cantidad de signos escriturarios desconocidos que registraban un idioma igualmente ignorado. Aunque en el antiguo Egipto existieron tres tipos diferentes de escritura —la jeroglífica, la hierática y la demótica—, la jeroglífica fue

la más antigua y la que dio la clave para descifrar las otras dos, derivados cursivos del jeroglífico.

Como ocurrió con las escrituras palmireña y persa sasánida, los dibujos que existían de inscripciones y textos egipcios eran escasos y malos, de tal suerte que había muy poca documentación fiable relacionada con la escritura empleada en el mundo de los faraones. La situación cambió a principios del siglo XIX, pues a partir de la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto (1798-1801) comenzó a crearse un corpus de inscripciones bastante extenso que permitió el estudio detallado de los jeroglíficos. A pesar de que la campaña militar resultó un rotundo fracaso, los académicos que acompañaron a las tropas de Napoleón regresaron a Francia con una cantidad increíble de material. Entre los muchos dibujos y calcas que los sabios franceses recopilaron se encontraba el esbozo del biescrito la Piedra de Roseta, monumento bilingüe que contenía tres textos: egipcio jeroglífico, demótico y griego, los cuales registraban dos idiomas diferentes: copto y griego. El biescrito fue estudiado y analizado por numerosos investigadores, como el ya mencionado Silvestre de Sacy, el sueco Johan David Åkerblad y el inglés Thomas Young. Todos ellos aportaron, en mayor o menor medida, datos relevantes que fueron fundamentales en el desciframiento de Jean-François Champollion.

Al tomar como base la Piedra de Roseta y el texto en griego antiguo que contenía, el joven Champollion siguió los postulados de Barthélemy y partió del análisis de nombres propios, aislando dos de ellos: el de Ptolomeo —que ya había sido descifrado por sus antecesores— y el de Cleopatra, el cual pudo identificar a partir de la inscripción del obelisco de Filae publicado a principios del siglo XIX. Con ambos nombres asignó el valor fonético correcto a 16 jeroglíficos, entre ellos el nombre griego de Alexandros, así como los de Berenice y César. También descifró algunos títulos empleados por los emperadores romanos. Éstos y otros avances se presentaron, en la Académie Royale, en 1822, a través de la lectura del texto titulado *Lettre à M. Dacier relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques*.

Algunos años después del desciframiento de Champollion, en 1848, se descifró la escritura persa cuneiforme. El mundo

occidental conocía dicha escritura por lo menos desde principios del siglo XVII, cuando el español García Silva Figueroa identificó las ruinas llamadas Chehel Minar como los restos de la antigua Persépolis, la capital de la dinastía aqueménida persa entre los años 559 y 338 a. C., residencia de los reyes Darío y Jerjes que fue destruida por Alejandro Magno. Silva Figueroa publicó la descripción del antiguo palacio de Persépolis y de los extraños caracteres que encontró en sus muros y pórticos. Los describió como “triangulares, con la forma de una pirámide u obelisco en miniatura”.

Poco tiempo después, en 1626, Thomas Herbert reveló los primeros textos cuneiformes encontrados en Persépolis, y no dudó en señalar que eran ejemplos de una antigua escritura, perfectamente inteligible. Sin embargo, el experto en la cultura persa de ese tiempo, Thomas Hyde, negó tajantemente que los caracteres que él denominó *cuneiformes* constituyeran un verdadero sistema de escritura, provocando que las inscripciones persepolitanas no llamaran mucho la atención. Con el tiempo, nuevos dibujos de textos persas comenzaron a ser publicados por diversos viajeros europeos, como los presentados en las obras de Cornelis de Bruin y Karsten Niebuhr que hemos comentado.

Un paso importante en el desciframiento de las escrituras cuneiformes fue la decodificación del persa sasánida realizada por Sacy a finales del siglo XVIII. Con base en lo anterior, y ya en el siglo XIX, el filólogo alemán Georg Friedrich Grotefend —quien se había interesado en la escritura de Persépolis desde su juventud— comenzó a estudiar las inscripciones persepolitanas y los documentos pahlavi —el idioma persa medio— que Anquetil Duperron había publicado en 1771. El estudio de Grotefend partió de la premisa de que los signos representaban caracteres escriturarios, que se escribían de izquierda a derecha y que las inscripciones de Persépolis presentaban tres tipos diferentes de escritura colocadas en columnas claramente separadas. Dado que uno de estos grupos tenía menor número de signos, Grotefend sospechó que éste representaba una escritura alfabética.

Siguiendo el método de Sacy, Grotefend sabía que los textos de Persépolis debían contener, principalmente, nombres,

títulos reales y parientes del rey. Debido a que conocía bien la historia de los persas antiguos registrada por los griegos, supuso que las inscripciones habían sido creadas por los habitantes de aquella: los reyes de la dinastía aqueménida, y que la columna de caracteres colocados en el centro de la inscripción debían estar en persa. Con todo eso en mente, pronto se percató de que una serie de signos se repetían con mucha frecuencia, los caracteres *xa-ša-a-ya-θa-i-ya*, y creyó que registraban la palabra ‘rey’. Su trabajo confirmó la propuesta de Niebuhr de que la escritura debía leerse de izquierda a derecha, que una cuña oblicua funcionaba como divisor de palabras y que el texto debía iniciar como lo hacían los actuales monumentos persas, como ya había demostrado Sacy.

Los avances de Grotefend fueron considerables y sentaron las bases del éxito alcanzado por Henry Creswicke Rawlinson. Comandante, político y cónsul inglés, en 1835, hizo un dibujo del texto persa cuneiforme tallado en el acantilado de Behistun arriesgando su vida, pues está situado a 60 m del suelo. La inscripción presenta catorce columnas y tres escrituras: persa antiguo, elamita y babilonio. Con las inscripciones persas del acantilado de Behistun, Rawlinson logró descifrar los nombres de Arsames, Ariarmnes, Teispes, Aquemenes, así como varios términos y títulos. En 1837 envió una propuesta de lectura de los primeros párrafos de la enorme inscripción de Behistún a la Royal Asiatic Society de Gran Bretaña e Irlanda, la cual había sido fundada el 15 de marzo de 1823 por Henry Thomas Colebrooke para la investigación en temas relacionados con Asia.

Esa lectura fue completada algunos años después por el mismo Rawlinson, quien demostró que diferentes signos cuneiformes se utilizaban para un mismo sonido consonántico dependiendo de la vocal que lo acompañaba. A partir de esto, pudo traducir correctamente cien líneas de escritura persa cuneiforme. Dado que casi todas las inscripciones persas incluían otras dos escrituras cuneiformes —elamita y babilonia— los avances de Rawlinson proporcionaron la clave para leer “todo el mundo cuneiforme”, como señala Pope, razón por la cual hoy es reconocido como el padre de la asiriología.

La efervescencia por los estudios relacionados con las escrituras antiguas y su desciframiento, y alentada por los éxitos obtenidos, abarcó diversas culturas y continentes. Uno de los sistemas que llamaba mucho la atención era el empleado por los “antiguos mexicanos”, del cual se tenían numerosas noticias y descripciones, así como algunas ilustraciones.

Con base en los relatos españoles —sobre todo en la descripción relacionada con los embajadores y pintores mexicanos que Motecuhzoma Xocoyotzin había enviado al asentamiento temporal de Hernán Cortés en Veracruz con la consigna de “representar sobre lienzos de algodón” la apariencia, armas y tropas de los españoles—, Barthélemy señaló que la escritura mexicana en ocasiones se limitaba a copiar fielmente objetos materiales; en otras aplicaba imágenes extrañas a la circunstancia real y, a veces, utilizaba signos convencionales, principalmente para representar cantidades. En su texto *Réflexions sur quelques peintures mexicaines*, donde habla, entre otras cosas, del oficio de escriba entre los nahuas y de los requerimientos para convertirse en *tlacuilo*, concluye lo siguiente en relación con la escritura: “Los mexicanos apenas habían imaginado signos para hacer perceptibles las ideas que la pintura no podía expresar; es claro que, si su Imperio hubiera existido algunos siglos más, su escritura, por sucesivos progresos, se habría vuelto enteramente jeroglífica, como la de los egipcios y los chinos”.

Esta percepción de la escritura náhuatl fue compartida por otro eminente investigador, Champollion. En su obra *Précis du système hiéroglyphique des anciens égyptiens*, publicada en 1824, al hablar de las características icónicas de los signos egipcios y de la relación entre escritura y pintura en esta antigua sociedad, señala lo siguiente:

Esta sola observación bastaría, si fuera necesaria, para probar que, en el origen de la civilización egipcia, la primera escritura utilizada consistió, como en México, en la simple pintura de las cosas. Este imperfecto sistema fue regularizándose sucesivamente, cambiando casi totalmente su naturaleza por el solo efecto del progreso de la inteligencia

humana, y constituyéndose finalmente esta escritura jeroglífica que cubre los edificios de Egipto; un sistema gráfico tan superior en sus procesos y en sus resultados a las pinturas informes de los pueblos de Anáhuac, como los monumentos de Tebas, están por encima de los toscos ensayos de la escultura y la arquitectura aztecas.

Para Champollion, Barthélemy y otros estudios de las escrituras antiguas, el sistema empleado por los antiguos nahuas no alcanza el estatus de jeroglífica (*hiéroglyphique*) y se colocaría, en la clasificación de Acosta que hemos visto, en el tercer tipo de registro de la memoria.

Lo que se pensaba en Europa no era distinto a lo que se cavilaba en América. Desde el siglo XVIII, y sobre todo durante el XIX, los estadounidenses fueron piezas clave en la forma de concebir las culturas indígenas americanas. Dado el avance en el conocimiento que se estaba produciendo en Occidente, y debido a que los estadounidenses —que en esa época se denominaban “euroamericanos”— estaban ansiosos por demostrar que su continente tenía su propia historia que rivalizase con la de Europa, comenzaron a interesarse por las extraordinarias ciudades perdidas en las selvas de México y Centroamérica que habían sido documentadas, entre otros, por John Lloyd Stephens, quien viajó por la zona a principios del siglo XIX. Sus crónicas de viaje —verdaderos *best seller* de su época— crearon en la sociedad estadounidense una idea romántica acerca de una civilización desaparecida que había creado bellos palacios, hermosas esculturas y registros escritos que relataban su historia. Stephens fue el primero que habló de una unidad cultural entre las ciudades que visitó en el sureste mexicano y Centroamérica, y la denominó maya.

Así, numerosos intelectuales y aficionados adinerados de Estados Unidos emprendieron la fundación de museos con colecciones arqueológicas de otros países. A pesar de que Lewis Morgan abogó por preservar “las humildes antigüedades” de los indios norteamericanos —las cuales, como ha señalado Trigger, fueron exhibidas en el departamento de antropología y denostadas por los estadounidenses—, era difícil encontrar pa-

trocinadores que lo apoyaran, pues estaban mucho más interesados en coleccionar antigüedades griegas, romanas, egipcias y asirias, las cuales, suponían, incrementarían su nivel de civilización y cultura. Los vestigios arquitectónicos hallados en México y Centroamérica, es decir, las antigüedades mayas, muy pronto se elevaron a la misma categoría que las grecolatinas. Desde ese momento, se reafirmó una diferencia tajante entre los mayas y los otros pueblos mesoamericanos: los mayas eran creadores de una antigua y prestigiosa civilización, mientras que los nahuas, mixtecos, zapotecos y demás eran concebidos como salvajes y bárbaros.

La idealización de la cultura maya antigua, también, ha definido la forma en que se conciben, hasta la fecha, los sistemas escriturarios de Mesoamérica, los cuales son identificados comúnmente como “no-mayas”. Dado que los estadounidenses se apropiaron del pasado maya y se erigieron como sus herederos, no es de extrañar que las dudas en cuanto a la existencia de escritura plenamente desarrollada dentro de esta cultura fueran pocas, a diferencia de otras escrituras mesoamericanas, como la náhuatl, una civilización icónica del emergente estado nacional mexicano. William H. Prescott, historiador que gozó de gran prestigio en Estados Unidos, señaló en su obra *Historia de la conquista de México* (1843) que los jeroglifos nahuas eran signos pictográficos que conformaban un sistema escriturario que “no se lee, sino que se ve”, es decir, un sistema de registro representativo o figurado, el cual constituía, según Prescott, el estadio de escritura jeroglífica más bajo.

A pesar de estas percepciones, en 1849 se estableció el funcionamiento de la escritura náhuatl, en términos generales. El francés Joseph Marius Alexis Aubin, después de estudiar a profundidad numerosos códices y manuscritos nahuas, publicó parte de su obra titulada *Memorias sobre la pintura didáctica y la escritura figurativa de los antiguos mexicanos*. En ella presentó un análisis del sistema de escritura náhuatl a partir de la comparación de diversos documentos de la colección Boturini y de registros realizados por Torquemada y Alva Ixtlilxóchitl, entre otros. Mostró que los signos nahuas eran silábicos, por lo tanto fonéticos, y que podían combinarse entre sí para formar

palabras. Es decir, el sistema náhuatl tenía un funcionamiento similar a las escrituras egipcia y asiria cuneiforme entonces recientemente descifradas.

Al igual que Barthélemy, Champollion y otros que descifraron con éxito un sistema de escritura, Aubin se basó en un bisescrito para establecer la lectura de varios signos. Este bisescrito fue consignado en la obra de Torquemada, y registraba en jeroglifos nahuas y caracteres latinos las palabras *pate nocte* para designar el título en latín *Pater Noster* (véase figura 7).

El registro en jeroglifos nahuas permitió a Aubin comprender de qué forma funcionaban determinados signos y cuál era su valor de lectura. Para él, la pintura didáctica

[...] toma el nombre de *escritura figurativa* cuando expresa el lenguaje. Tales son las escrituras *in rebus*, otrora llamadas reales, que, bajo el nombre de rebus, forman parte de los pasatiempos de la juventud; tales fueron, en una época determinada, las escrituras egipcia y china; *tales fueron, en su origen, todas las escrituras conocidas*.

Los signos nahuas no eran simples dibujos o pinturas sino caracteres convencionales que registran sonidos del idioma náhuatl. Asimismo, la combinación de escritura y dibujo en un manuscrito es parte “de la naturaleza misma de las obras”, una combinación que no es para nada extraña, pues en Occidente —agrega Aubin— se emplean mapas y planos donde las figuras van acompañados de nombres propios y textos explicativos.

En relación con el tema del desarrollo de la escritura náhuatl, mencionado por Barthélemy y Champollion, y sobre todo por Prescott, Aubin señala lo siguiente:

La escritura mexicana presenta por lo menos dos grados de desarrollo. En las composiciones rudimentarias, a las que los autores se han casi exclusivamente dedicado hasta ahora, la escritura se acerca mucho a los rebus que los niños usan en sus juegos. Como estos rebus, aquélla es generalmente fonética, pero a menudo también confusamente ideográfica y simbólica. Tales son los nombres de ciudades

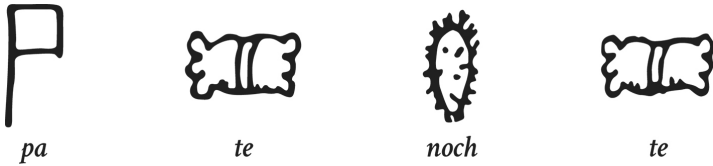


Figura 7. Título *pater noster* escrito con jeroglifos nahuas, hoy transliterado como **pa-te-NOCH-te**, marcando fonogramas (minúsculas) y logogramas (mayúsculas). Ejemplo tomado de Marius Alexis Aubin, *Memorias sobre la pintura didáctica*, modificado por las autoras. Dibujo de Rebeca Bautista.

y de reyes mencionados por Clavijero, según Purchas y Lorenzana, y según Clavijero por muchos autores. Humboldt ofreció muy buenos comentarios a este propósito, a los cuales me remito. Ya dije que el distinguido sabio había reconocido signos susceptibles de ser leídos y que los mexicanos sabían escribir nombres al reunir algunos signos que recordaban sonidos.

Pero la escritura náhuatl, cuando era registrada en los documentos históricos o administrativos “de orden más elevado”, era siempre fonética, nos dice Aubin. Para ilustrar este argumento, analiza el nombre propio de Itzcóatl, Serpiente de Obsidiana, el cual tiene como rebus una serpiente (*cóatl*) adornada con obsidiana (*itzli*), “que se puede, a gusto, interpretar o fonéticamente, por el sonido de la palabra, o ideográficamente, por su acepción gramatical”. Pero en algunos manuscritos, como el *Códice Vergara*, el nombre del *tlahtoani* fue escrito “silábicamente [...] por medio de una obsidiana (*itz-tli*, de raíz *itz*), de una olla (*co-mitl*, de raíz *co*) y del agua (*atl*)” (véase figura 8). Este ejemplo basta para mostrar que los caracteres escritos nahuas representan sonidos de un idioma en específico, el náhuatl clásico, por lo que deben ser leídos. Como bien señaló Aubin después de la presentación de estos ejemplos: “Ya no hay ideografía o simbolismos posibles”.

Aubin, como fruto del establecimiento inicial del funcionamiento de la escritura náhuatl, presenta en su obra un glosario de signos con su respectivo valor de lectura, el cual, como

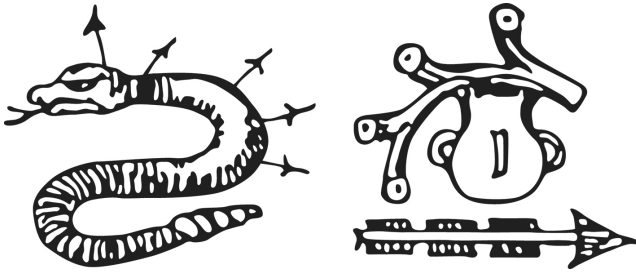


Figura 8. Antropónimo Itzcóatl analizado por Aubin y presentado en transliteración y transcripción actuales. Izquierda: escrito con logogramas ITZ-KOA, *Itzkōā[tl]*; derecha: ITZ-ko-a, *Itzkōā[tl]*. Dibujo de Rebeca Bautista.

veremos más adelante, ha sido el punto de partida para completar con éxito el desciframiento de la escritura náhuatl, es decir, para recuperar la clave de lectura de este antiguo sistema escriturario.

Como hemos visto, el desciframiento de varios sistemas escriturarios antiguos se debió tanto al análisis formal de la escritura como a los estudios clásicos. A finales del siglo XVIII sólo se conocían algunos eventos destacados relacionados con Egipto o con las civilizaciones del Próximo Oriente, por lo que de ellas se había registrado en la Biblia y en algunos autores de la antigüedad grecorromana, como el Libro I de Heródoto. Las ciudades de Babilonia y Asiria, así como la Torre de Babel y algunas proezas del rey Nabucodonosor, eran conocidas por el mundo occidental debido a las referencias que de ellos había en la Biblia, en el Génesis y en el *Libro de los Jubileos*. Así, en la mentalidad europea del siglo XVIII, Asiria y Babilonia habían sido ciudades majestuosas que sufrieron la cólera divina, y Nabucodonosor era recordado en la tradición judía por haber conquistado Judá y Jerusalén en el siglo VI a. C. Por esta razón, los estudios iniciales de la civilización mesopotámica fueron guiados por las breves referencias que de ella existían en el Antiguo Testamento, y lo mismo ocurría con los estudios relacionados con el antiguo Egipto.

La situación cambió radicalmente a mediados del siglo XIX con el desciframiento del egipcio jeroglífico y del persa

cuneiforme, pues éste permitió establecer una cronología de dichas civilizaciones, la cual fue recibida con gran interés, generando el desarrollo de la egiptología y la asiriología. La reconstrucción histórica de ambas culturas comenzó a basarse, cada vez más, en las inscripciones que se desenterraban en diversos yacimientos, en detrimento de los estudios clásicos. Así, la información obtenida a partir del análisis de las inscripciones corroboró y amplió lo que ya se sabía a través de los textos clásicos.

El estudio de las inscripciones —es decir, de los textos escritos en caracteres jeroglíficos y cuneiformes— amplió de forma considerable el repertorio documental disponible para la investigación histórica en una época en la que la Historia no sólo comenzó a adquirir gran importancia en el ámbito cultural, sino también cuando ésta se profesionaliza y se le dota de un carácter científico.

El establecimiento de las normas que rigen los estudios históricos corrió paralelo con la idea de que son los documentos, y no los vestigios, los que sirven a la investigación histórica: “La historia se hace con documentos”. Esta afirmación, de Charles Langlois y Charles Seignobos en su *Introducción a los estudios históricos*, es la culminación de una noción arraigada con fuerza desde mucho antes de la publicación de su obra. Ahora, en el horizonte de auge de los desciframientos de escrituras antiguas, debemos preguntarnos lo siguiente: ¿qué era un documento? y ¿qué determinaba su particularidad respecto a otros vestigios del pasado?

Para muchos autores, la respuesta estaría relacionada necesariamente con la escritura. Por ello, la presencia de un idioma en los documentos antiguos cobra importancia con relación a la historia. Si éstos no registraran el lenguaje y, por tanto, no contaran con escritura, nunca alcanzarían el estatus de documentos. Más bien serían considerados vestigios artísticos propios para los arqueólogos y se anularía su posibilidad de ser aprovechados para la investigación histórica. En el tránsito del siglo XVIII al XIX operó un cambio que volvió determinante la presencia de la lengua en el concepto de escritura y éste, a su vez, en los de fuente e historia.

La idea de que la investigación histórica se hace con documentos establece distintos grados de presencia del fonetismo: los vestigios del pasado, para convertirse en documentos, requieren de escritura. Así, la relación de los documentos antiguos e inscripciones con lo histórico se reestructuró en torno al problema de considerarlos, o no, documentos y fuentes.

Las nociones de fuente y documento dieron un giro total no sólo a la percepción del pasado, también a la forma en que los vestigios escritos y materiales eran considerados y empleados por los investigadores. En este panorama, ¿cómo fueron considerados los manuscritos nahuas?